

Francisco Romero

El último paraíso de Cándido

Baobab Teatro

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella, mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2009 Francisco Romero

Baobab Ediciones

San Francisco, 67. 13270 ALMAGRO

Tfno: 629915273

www.ebaobab.com

pacoromero@ebaobab.com

El escenario refleja el interior de una vieja taberna de pueblo al final de una guerra, cualquier guerra, aunque en el texto se hace alusión a la guerra civil. Los personajes de Cándido y Pangloss están inspirados en los creados por Voltaire en su cuento sobre el optimismo en el mejor de los mundos posibles.

PERSONAJES:

CARMELA

LUISA

PANGLOSS

CÁNDIDO

PRIMERA ESCENA

Se escucha de fondo el ruido de disparos aislados. Entra Carmela.

CARMELA. (Gritando.) ¡Luisa! ¡Luisa! Ya se ha vuelto a perder esta mujer. ¡Luisa! ¿Dónde estás?

LUISA. (Desde dentro.) ¿Qué pasa?

CARMELA. Que vengas inmediatamente.

Entra Luisa, está terminando de arreglarse.

LUISA. Ya no le queda a una tiempo ni para acicalarse.

CARMELA. ¿Se puede saber de dónde vienes a estas horas?

LUISA. De dónde voy a venir, de donde siempre. ¿Acaso se supone que tengo otro sitio al que acudir?

CARMELA. Algún día esas aventuras pueden salirte muy caras. Los que disparan no se cortan con las mujeres. Tiran a todo lo que se mueve.

LUISA. No es menos peligroso quedarse aquí que acudir al frente. Al menos allí tengo la sensación de

que puedo ayudar en algo y noto que mi presencia se agradece.

CARMELA. ¿Qué has llevado esta vez?

LUISA. Lo que he podido conseguir: tres docenas de buñuelos y dos litros de vino. Mucho menos de lo que me gustaría, y no vea lo que han tardado en devorarlos. Cuando ven la comida, se olvidan de las armas.

CARMELA. ¡Maldita guerra! Antes de matarnos nos va a arruinar.

LUISA. ¿De qué nos serviría guardar una miseria de dinero si perdemos la guerra?

CARMELA. ¡Y yo qué sé! Anda y pásate para adentro que te está esperando el cabo Padilla.

LUISA. (Molesta.) ¡Otra vez él!

CARMELA. Te debe haber cogido el gusto.

LUISA. No soporto a ese maldito hijo de puta.

CARMELA. Mal oficio has elegido para librarte de ellos. Si todo esto acaba algún día es posible que

puedas elegir hombre, pero mientras la guerra siga, hay que acostarse con el que traiga dinero.

LUISA. ¿Por qué no le lleva antes una copa bien cargada de anís?

CARMELA. El anís va caro.

LUISA. Por mí puede darle lejía a ver si revienta.

CARMELA. Bien sabes que lo haría si sirviera para algo.

LUISA. Entonces póngale el anís, al menos ese animal se calentará enseguida y podremos terminar pronto, que esta noche estoy muy cansada y quiero irme a dormir.

CARMELA. Hay hombres a los que les embrutece el alcohol y se vuelven más pegajosos.

LUISA. Con este funciona. Al menos, prefiero el olor a anís que el que provoca el sudor de esos desgraciados.

CARMELA. Me parece que aún nos queda por oler y tragar mucho de ese sudor.

LUISA. Eso no lo hace más llevadero.

CARMELA. No, hay costumbres que son terribles, pero una se habitúa o se muere, aunque no sé lo que es peor... En fin, me voy a llevarle el anís al cerdo, y no tardes.

LUISA. Enseguida voy.

Sale Carmela, mientras Luisa se mira en un trozo de espejo roto.

LUISA. No me reconozco en este espejo. Nada de lo que veo me recuerda las viejas ilusiones que tenía. Mi juventud se está esfumando sin llegar a disfrutarla. Ya no me acuerdo de sí alguna vez fui hermosa. (Trata de colocarse el pelo.) Decían que mi pelo era suave como la seda y ahora parece más enredado que el estropajo. Mis dedos podían acariciar y ya solo sirven para arañar... ¿Para esto sirven las guerras? ¿Para esto se mata la gente? Casi tres años de lucha que han servido para aumentar el odio y alcanzar la miseria.

Regresa Carmela.

CARMELA. ¡Pero todavía estás aquí!

LUISA. Quería adecentarme un poco.

CARMELA. A ese animal le da igual la apariencia que lleves, no sabe apreciar la belleza. Le basta con que te abras de piernas y le mientas diciendo que es el hombre más macho que has conocido.

LUISA. A mí no me da igual el aspecto que lleve. Mientras me cuide seguiré manteniendo la esperanza.

CARMELA. Mantén toda la que quieras, pero date prisa o el muy cabrón destrozará los pocos muebles que me quedan.

LUISA. (Dejando el espejo.) Espero que no vengán más desgraciados esta noche. (Sale.)

CARMELA. Esperar, esperar. Como si nos quedara algo que esperar. (Coge el trozo de espejo y sale.)

La luz se apaga.

SEGUNDA ESCENA

Entran Cándido y Pangloss agotados en la taberna. Se encuentra vacía.

PANGLOSS. (Jadeando.) ¿Estamos dentro?

CÁNDIDO. Sí, maestro.

PANGLOSS. ¿Ves a alguien?

CÁNDIDO. No

PANGLOSS. Entonces ya hemos llegado a la meta, Cándido.

CÁNDIDO. (Tras mirar desanimado lo que hay a su alrededor). ¿Usted cree?

PANGLOSS. Estamos en el paraíso, tengo el sentimiento de que hemos llegado a la última y feliz parada de nuestro largo viaje.

CÁNDIDO. No lo sé, querido maestro, no estoy convencido de que aquí se encuentre todo lo que usted me ha dicho.

PANGLOSS. ¿Cuéntame con detalle todo lo que ves?

CÁNDIDO. (Decepcionado.) No sé por dónde empezar.

PANGLOSS. Tú eres mis ojos y mi luz. Quiero que me describas cómo son los extensos valles que se contemplan, las ciudades luminosas donde el hombre es amable y las bellas mujeres siempre sonríen, donde la sabiduría no hay que buscarla porque se enseña libremente a todo el que llega. Vamos, Cándido, dame detalles de este mundo maravilloso donde nos encontramos y en el que podremos descansar.

CÁNDIDO. Yo no sé, maestro, si lo que usted cuenta se halla aquí dentro. Todo está muy oscuro, sólo veo una mesa y unas pocas sillas. No hay nada más en esta sala.

PANGLOSS. Cuántas cosas te faltan por aprender, aunque no puedo culparte de tu ignorancia porque en alguien tan joven no podría ser de otra manera. Aún no sabes interpretar las señales que te envían tus ojos.

CÁNDIDO. Si usted lo dice.

PANGLOSS. Si hay una mesa y varias sillas, se

debe a que las han preparado para recibirnos. En el mejor de los mundos posibles todo está hecho con un sentido óptimo. Sentémonos, que muy pronto nos agasajarán con grandes manjares y podremos escuchar historias maravillosas.

Cándido ayuda a Pangloss a sentarse junto a la mesa.

CÁNDIDO. No creo que seamos bien recibidos. El frente de guerra se encuentra muy próximo, puede que muy pronto lleguen hasta aquí los disparos.

PANGLOSS. Si ha de ser así, será, pero no lo creo.

CÁNDIDO. ¿Y si nos toman por enemigos?

PANGLOSS. Tu desconfianza siempre te traiciona.

CÁNDIDO. Pienso que deberíamos continuar el camino para encontrar un lugar más seguro donde refugiarnos hasta que pase el peligro.

PANGLOSS. No te preocupes por nuestro destino que nada malo puede ocurrirnos.

CÁNDIDO. ¿Le parece poco lo que llevamos a

nuestras espaldas?

PANGLOSS. Puede que en algún momento hayamos sufrido pequeños contratiempos, pero se debía únicamente a que eran necesarios porque había un bien mucho mayor esperándonos.

CÁNDIDO. ¿Pequeños?

PANGLOSS. (Cortándole.) ¿Cómo has dicho que se llama este lugar?

CÁNDIDO. El último paraíso, se leía en el cartel de fuera, aunque parece que esta taberna está muy lejos de su esplendor.

PANGLOSS. Ves Cándido como tenía razón. Nuestra peregrinación nos ha conducido a la mejor de las tabernas posibles.

CÁNDIDO. Se ve que los paraísos no pasan por su mejor momento.

PANGLOSS. En el mundo todos los acontecimientos se concatenan para llevarnos a un lugar mejor. No importan los pequeños accidentes que tengamos que solventar, son necesarios para llegar a un fin óptimo.

CÁNDIDO. Os juro maestro que a veces no entiendo que haya que sufrir tanto para alcanzar esa meta. Podría existir un camino más sencillo para conseguir la felicidad.

PANGLOSS. No desesperes jovencito, ya te he dicho que no podemos reparar en los acontecimientos puntuales. Eso nos confundiría y no podríamos entender que el mundo siempre sigue el mejor de los caminos, aunque no todos los hombres puedan entenderlo porque no están preparados.

CÁNDIDO. En nuestro viaje hemos padecido los devastadores efectos de un terremoto, hemos sido secuestrados, torturados y pasado mucho tiempo en la oscuridad de una cárcel.

PANGLOSS. Sí pero...

CÁNDIDO. La mujer que amaba fue raptada por unos militares, violada y cruelmente mutilada. Nos han vapuleado, engañado, robado y humillado en incontables ocasiones. Vos habéis estado varias veces al borde de la muerte y os han arrancado los ojos para que no podáis ver; y yo, más de una vez hubiera recibido la muerte como una bendición...

PANGLOSS. Esa es una visión demasiado pesimista.

CÁNDIDO. ¿Pesimista decís? La gente roba lo que puede para comer, es capaz de matar con saña al que piensa de otra manera y estamos deseando vender a nuestro mejor amigo por un trago de vino. ¿En verdad creéis que vivimos en el mejor de los mundos posibles?

PANGLOSS. Sí, Cándido, estoy convencido de ello y ya te lo he explicado muchas veces.

CÁNDIDO. Sigo sin ser capaz de entenderlo.

PANGLOSS. En este mundo todo ocurre porque es necesario para llegar a un bien mayor, de lo contrario habríamos desaparecido hace muchos años. La guerra que hay a nuestras espaldas es necesaria y sería un error tratar de evitarla porque nos va a conducir a una paz mejor que la anterior. El hombre no es el dueño de los acontecimientos, no es más que un pobre interprete y sólo le queda la facultad de aprender de ellos.

CÁNDIDO. Si miles de personas tienen que morir

todos los días de una forma violenta para que este mundo siga siendo perfecto, me pregunto si no hubiera sido mejor vivir en un mundo lleno de imperfecciones que permitieran algunos momentos de felicidad.

PANGLOSS. Aún te falta experiencia para comprenderlo, pero muy pronto lo entenderás fácilmente.

CÁNDIDO. Me parece que no quiero comprender toda esta locura.

PANGLOSS. No se trata de comprender, sino de aceptar lo inevitable y asumirlo como una bendición, así te evitaras sufrimientos inútiles.

Entra Carmela.

CARMELA. ¡Eh vosotros! ¿Qué hacéis aquí a estas horas? Ya estamos cerrando.

CÁNDIDO. Hemos visto la puerta abierta y hemos pasado. Estamos muy cansados.

CARMELA. También estoy cansada y quiero dormir.

CÁNDIDO. Se lo suplico, no estaremos mucho tiempo.

CARMELA. Está bien, consideraos en vuestra casa.

CÁNDIDO. Gracias.

CARMELA. ¿Vais a tomar algo o también sois de los que huyen de los cañones?

PANGLOSS. Nosotros no huimos, buena mujer, nosotros viajamos para descubrir.

CARMELA. Aquí no hay nada que descubrir.

PANGLOSS. Siempre hay algo que no se sabe.

CARMELA. Lo que me faltaba, un predicador.

CÁNDIDO. El maestro es filósofo, un gran filósofo.

CARMELA. Me temo que eso va a ser mucho peor.

PANGLOSS. ¿Por qué lo teme usted?

CARMELA. Porque me da la gana. Ya me temía que no fuerais ricos hacendados. Eso se ve desde la distancia. Pero no podía suponer que unos viajeros y filósofos, o lo que sean, eligieran tan mal su lugar de destino.

PANGLOSS. ¿Acaso no estamos en el último paraíso?

CARMELA. Así se llama esta taberna, o lo que queda de ella, que es muy poco. Es cierto que hace algún tiempo se parecía a un paraíso, un auténtico edén, pero ya podéis observar cómo el principal objetivo de las guerras pasa por asolar los paraísos y convertirlos en el infierno.

PANGLOSS. (Pasándose la mano delante de los ojos.) Yo no puedo ver lo que otros miran.

CARMELA. Lamento mis palabras, no sabía que además de todo lo anterior fuera ciego.

PANGLOSS. No se preocupe, no necesito de algo tan primario como la vista para saber que allá por donde vamos se encuentra el mejor de los mundos posibles.

CARMELA. ¿De veras?

CÁNDIDO. Al menos el maestro así lo cree.

PANGLOSS. No se trata de creencias, estoy hablando de certezas comprobadas por la experiencia.

CARMELA. Entonces me parece que hace muchos días que os habéis confundido de camino y que os encontraréis metidos en medio de la peor de las guerras imaginables, a no ser que el caballero ciego y su joven acompañante hayan bebido más de la cuenta y confundan los cañonazos con los alegres cohetes de una verbena.

PANGLOSS. Trata de ofendernos con sus palabras, pero es un esfuerzo baldío. Nosotros nunca nos embriagamos, la lucidez siempre acompaña nuestros actos y la sabiduría guía nuestras decisiones.

CARMELA. Lucidez, sabiduría, cuanta grandilocuencia tienen sus palabras. Supongo que eso debe ser muy aburrido y poco práctico.

CÁNDIDO. (A Carmela.) Es inútil que pretenda discutir con el maestro. Él podría convencerla fácilmente de que la horca es el más hermoso de los collares y que aquellos que más sufren son los más afortunados.

CARMELA. Entonces supongo que puedo considerarme la más agraciada y bella de las mujeres... Confieso que nunca imaginé que la felicidad pudiera

ser todo esto.

CÁNDIDO. ¿Por qué lo decís?

CARMELA. Esta guerra me ha matado dos hombres, uno en cada bando. He perdido a mi único hijo, me han robado todas mis pertenencias, y en pocos días, cuando ocupe la ciudad el ejército victorioso, perderé esta mísera taberna que es lo único que me queda. Supongo que tu amigo pensará que eso es lo mejor que le puede suceder a una persona y que debería dar saltos de alegría por mi inmensa fortuna.

PANGLOSS. Os equivocáis, yo nunca puedo confundir el dolor con el gozo, tan sólo digo que toda desgracia tiene un sentido y que es necesario padecerla para alcanzar un bien mayor.

CARMELA. Quedaos entonces con vuestra felicidad futura mientras yo mato mis desgracias presentes con vino antes de que esos salvajes lleguen y me apaleen por mi propio bien.

PANGLOSS. Nunca he dicho que el vino no ayude, y no le haría ascos a una copa de tinto.

CÁNDIDO. Ni yo.

CARMELA. Por cierto, ¿os queda algún dinero para pagar un trago en el último paraíso?

CÁNDIDO. Me temo que no nos queda nada de valor. En nuestro eterno viaje las riquezas han sido efímeras, siempre hemos sido saqueados antes de disfrutarlas.

CARMELA. Lo suponía.

PANGLOSS. Era algo que tenía que ocurrir. Todo lo que sucede es inevitable y no podemos quedarnos lamiéndonos las heridas durante el resto de nuestra vida por pequeños accidentes.

CARMELA. ¿Vuestra ceguera es de nacimiento, o la debéis a un generoso golpe de fortuna?

PANGLOSS. Eso es algo superado a lo que no quiero dar importancia.

CÁNDIDO. Fue debido a una terrible tortura.

PANGLOSS. No, se debió a la necesidad del destino.

CÁNDIDO. Llamadlo como queráis, pero creo que aquellos hombres no estaban pensando en el destino

cuando os dejaron ciego.

PANGLOSS. Solo eran los ejecutores, y estos nunca saben el propósito de sus actos.

CARMELA. Ciego y sin dinero, pero muy sabio. La sabiduría y la riqueza nunca han sido buenas compañeras. (Mientras llena los vasos.) No me explico por qué todos los sabios han de ser siempre pobres. No entiendo para qué les sirve todo el conocimiento si solo lo emplean en cosas inútiles.

PANGLOSS. Parece cierto, mi buena señora, que usted ha nacido para ser escéptica y, por lo tanto, no seré yo el que trate de cambiarla de condición.

CARMELA. Siempre palabras, las combinan de todas las maneras posibles para darse importancia, pero ahí fuera la muerte sigue rondando a gente que jamás podría comprender que todo sucede por su bien. (Se oye una explosión más fuerte.) Parece que la felicidad se aproxima para todos. Bebamos para celebrarlo. (Levanta su vaso y bebe.)

CÁNDIDO. (Después de beber.) A veces pienso que debo ser muy egoísta al desear que se acaben mis

desgracias.

CARMELA. ¿Por qué?

CÁNDIDO. Porque no tengo derecho a quejarme cuando otros soportan mucho más dolor.

CARMELA. ¿Acaso se puede medir el dolor y compararlo con el ajeno?

PANGLOSS. Sí.

CARMELA. ¡Cállese! Se lo he preguntado al joven.

CÁNDIDO. No lo sé.

CARMELA. Eres muy joven para vivir sufriendo, aunque siempre es demasiado pronto para el dolor, no existe una edad que lo haga más soportable. La vejez puede confundir sus síntomas con la proximidad del fin y lo hace más llevadero. (Se acerca a Cándido.) Reconozco que eres un mozo muy apuesto. De haber tenido treinta años menos te hubiera dado gratis toda la felicidad que tenían estas carnes en su momento de esplendor, y te aseguro que era mucha, aunque hace tiempo que se agotó la fuente que me mantenía her-

mosa... En fin, supongo que os debería echar por no tener dinero, pero ya no creo en nada. En mi taberna podréis comer y beber lo poco que me queda. Prefiero regalarlo antes que dejarlo como botín de guerra a aquellos que me van a destruir.

CÁNDIDO. Le quedamos muy agradecidos.

CARMELA. Supongo que el viejo dirá que estaba escrito que no podría ser de otra manera.

PANGLOSS. Mis convicciones no entran en conflicto con la gratitud, y quisiera manifestársela por su generosidad.

CARMELA. Con decir gracias me hubiera bastado. Y ahora, me gustaría conocer el nombre de mis invitados.

PANGLOSS. Mi nombre es Pangloss y Cándido el de mi joven acompañante y discípulo.

CARMELA. Bien elegido está el nombre y espero que más lo sea por la ausencia de maldad que por la abundancia de ingenuidad, puesto que no siempre han de coincidir.

PANGLOSS. Cándido es como ha de ser.

CARMELA. Ya sé que es el mejor de los cándidos posibles. Dime muchacho, ¿has conocido a muchas mujeres en tus viajes?

Cándido mira a Carmela sin atreverse a contestar.

PANGLOSS. Ha conocido la sabiduría que es mucho mejor que todas las mujeres juntas.

CARMELA. (A Pangloss.) Y tú, viejo, te consideras sabio. Has llevado a este pobre chico por un camino lleno de miserias, apartado de las mujeres y de todos los placeres, y encima lo engañas haciéndole creer que vive en un mundo maravilloso.

PANGLOSS. Yo no engaño a nadie, ni digo que todo sea maravilloso, tan solo mantengo que es inevitable, y es absurdo enfrentarse con lo que no puede ser cambiado.

CÁNDIDO. Una vez amé a una mujer.

CARMELA. ¿De veras? Cuéntamelo, eso me interesa más que toda la palabrería del viejo.

CÁNDIDO. Se llamaba Cunegunda y era la más bella de las criaturas que jamás haya vivido.

CARMELA. Déjate de poesías y dime qué hacías con esa muchacha.

CÁNDIDO. Mirarla y pensar que sería maravilloso acariciarla.

CARMELA. ¡Cómo, ni siquiera te diste un revolcón con la moza!

CÁNDIDO. La apartaron de mí antes de poder acercarme a ella. Desde entonces no la he vuelto a ver a pesar de que emprendí este viaje con la esperanza de encontrarla.

CARMELA. Y desde entonces... ¿nada?

CÁNDIDO. Nunca podré encontrar a otra como ella.

CARMELA. (A Pangloss.) ¿Y esa es toda la sabiduría que le has enseñado a tu discípulo?

PANGLOSS. Cándido ha dado todos los pasos en el orden adecuado para tener una vida óptima. Sin duda la mejor para un joven de su edad y condición.

CARMELA. Nunca he sabido de filosofía, pero tengo la sensación de que es algo que han inventado los hombres mediocres y reprimidos para justificar sus fracasos.

PANGLOSS. Esa es una interesante definición, aunque errónea.

CARMELA. (A Cándido.) ¿Este viejo quisquilloso siempre tiene que decir la última palabra?

CÁNDIDO. Para eso es sabio.

CARMELA. Sabes, chico, me parece que estás muy engañado en lo principal. Has de saber que para un hombre no se ha creado nada más importante que la mujer. Sin nosotras, en dos días se acababa toda la filosofía y los necios que viven de ella... Pobre muchacho, me temo que has aprendido a justificar antes que a obrar, y sobre mujeres eres un analfabeto. Lo que dicen los sabios no sirve para amar.

Cándido no se atreve a hablar.

PANGLOSS. Sí que sirve...

CARMELA. (Cortándole.) No existe mejor apren-

dizaje que el retoce de los cuerpos, y no aquel que provoca la imaginación con la mujer deseada; ese es falso y conduce al engaño. El sudor de un cuerpo desnudo y el temblor de la piel que se ama enseñan más que miles de palabras vacías. En los besos está guardada toda la sabiduría humana. Quien no ha besado a una mujer después de amarla durante toda una noche, se está perdiendo lo más hermoso que ha creado la naturaleza.

CÁNDIDO. No sé, a veces tengo miedo de que las cosas no salgan como las he supuesto.

CARMELA. ¡Qué importa eso ahora! La imaginación siempre es traicionera, pero los disparos suenan cada vez más cerca. No existe un lugar seguro, el miedo es lo menos útil que nos queda porque no sirve para darnos soluciones. Apenas si pasas de los veinte años, en tu vida no has vivido ni un solo momento de felicidad que no te lo haya proporcionado la imaginación, ni siquiera has tenido la oportunidad de probarlo...

CÁNDIDO. No.

PANGLOSS. Pero...

CARMELA. (Sin dejarle hablar.) No hay peros que valgan. A pocos kilómetros hay dos ejércitos matándose, no me preguntes por qué, no lo sé, aunque temo que lo que venga tras la guerra sea mucho peor que lo vivido. Quizás dentro de pocos días estés preso o muerto, es posible que sean tus últimos días en libertad, y si te encierran en la cárcel es muy probable que no vuelvas a salir. ¿Qué harás entonces? ¿Te justificarás diciendo que vives en la mejor de las cárceles posibles?... Yo no soy nadie para dar consejos, me he pasado la vida equivocándome. Posiblemente nunca haya sido feliz, pero he podido elegir casi todo lo que he hecho, aunque me haya salido mal y otros se hayan empeñado en truncar mis ilusiones... Ya soy vieja, ya no puedo salir huyendo, me da igual que me maten porque ya lo han hecho muchas veces, pero, a pesar de todo lo que he visto y pasado, siento rabia cada vez que encuentro a un joven que no se moja por descubrir, que se resigna a vivir lo que otros le ordenan sin rebelarse... Estas palabras nunca se las pude decir a mi hijo, no me dieron tiempo para ello, pero no quiero morirme sin que alguien que podría haber sido él las escuche.

PANGLOSS. Interesante discurso para proceder de una profana que no comprende que todo efecto tiene su causa y que las cosas no pueden ser de otra forma, pues teniendo todo un fin, todo es necesario para el mejor fin.

CARMELA. No sé por qué siempre tiene que haber alguien que justifique con palabras imposibles lo que no tiene defensa. Dígame, viejo, si ha vivido, si ha sentido alguna vez el amor o un poco de ternura. ¿Ha disfrutado alguna vez, o toda su sabiduría es fruto de la represión y la soledad?

PANGLOSS. Estoy cansado, Cándido, necesito retirarme a dormir, acompáñame a algún sitio donde pueda descansar sin ser molestado.

CARMELA. Buena respuesta para evadirse. Los hombres siempre la utilizan cuando no quieren dar la cara.

PANGLOSS. ¿Me has escuchado, Cándido?

CÁNDIDO. Sí maestro.

CARMELA. (A Cándido.) Quédate sentado y dale un buen trago al vino. Yo conduciré a tu maestro a una

habitación tranquila donde las bombas no puedan interrumpir su feliz sueño, y pueda pensar en nuevas justificaciones para desgracias que aún no han sucedido.

Carmela se dirige a Pangloss y hace que se apoye en su brazo.

CARMELA. No se preocupe, maestro, que va usted guiado por el mejor de los brazos posibles hacia un descanso óptimo.

PANGLOSS. No se burle de mí, no soy ningún viejo inútil.

CARMELA. Hace tiempo que agoté las últimas burlas, aunque a veces tengo que utilizar cierta ironía para no dar salida a toda la rabia que guardo. (Salen.)

Cándido llena el vaso de vino y bebe.

CÁNDIDO. No sé dónde parará este extraño viaje. Yo sí tengo miedo, un inmenso miedo me acosa. He recorrido medio mundo y no he llegado a ningún sitio. Temo perder la vida en cualquier momento sin haber disfrutado de nada y sin haber tomado una sola decisión importante. Si al menos pudiera tener mi conciencia tranquila, pero cada vez me cuesta más traba-

jo dormir, como si tuviera muchas cuentas pendientes por el día que no se pueden cerrar bajo las sábanas.

Después de dejar el vaso apoya la frente sobre sus brazos y se queda dormido. Oscuro.

TERCERA ESCENA

Entra Luisa y mira a Cándido extrañada. Sigue dormido.

LUISA. ¿Quién será este chico? Juraría que nunca lo he visto por aquí.

Después de asomarse por las otras puertas sin encontrar a nadie, lo mira más de cerca.

LUISA. Esa vieja se ha ido a dormir y no me ha dicho quién es ni lo que quiere este muchacho.

Se sienta frente a él, llena el vaso de vino y mira fijamente a Cándido.

LUISA. Es agradable ver a un hombre joven dormir, sobre todo si no ronca. Me pregunto por qué no miraremos más a las personas cuando están dormidas. Nadie es un asesino cuando sueña. Pero los de ahí afuera nunca duermen y se han olvidado de soñar. El odio jamás se concede una tregua. (Acerca los dedos a su pelo.) Qué hermoso pelo tiene, y su piel es muy suave. Sus manos son delicadas, todavía no les han quitado la capacidad de acariciar. No sé quién eres, supongo que no eres de por aquí, tampoco me impor-

ta, lo único que cuenta es que eres un hombre y pareces hermoso. Cuánto tiempo hace que no hablo con un hombre.

Cándido se despierta y la mira extrañado.

CÁNDIDO. ¿Quién es usted?

LUISA. Una mujer que mira. ¿Y tú?

CÁNDIDO. (Nervioso.) Me llamo Cándido.

LUISA. Bonito nombre. ¿Eres el siguiente?

CÁNDIDO. Perdone, señora, pero no entiendo a qué se refiere.

LUISA. No te hagas el ingenuo. Esto no es una iglesia y si estás aquí será por algo.

CÁNDIDO. Sí, viajo con el maestro Pangloss.

LUISA. A ese no lo recuerdo. ¿Acaso se trata de uno de los sargentos del regimiento?

CÁNDIDO. No, nosotros no tenemos relación con el ejército.

LUISA. ¿Con ninguno de los dos bandos?

CÁNDIDO. Así es, esta guerra no va con nosotros.

LUISA. Me temo que en eso estás muy equivocado. La guerra no puede dejar indiferente a nadie. Esta sucia guerra nos matará a todos, incluidos a los que se llaman neutrales.

CÁNDIDO. El maestro dice que nada puede hacerse y que si existe una guerra es porque es necesario para nuestro bien.

LUISA. Eso me parece una estupidez. No conozco a tu maestro ni me importa lo que diga un maldito reaccionario. Ahora me interesa saber lo que piensas tú.

CÁNDIDO. ¿Por qué?

Luisa, antes de contestar, se levanta y da una vuelta por la habitación.

LUISA. Porque no veo a nadie más en esta habitación, porque no puedo esperar a que se cumplan mis sueños, porque no sé si esta va a ser la última conversación que tenga, porque no sé si mañana voy a estar viva. ¿Entiendes ahora por qué me interesa lo que pasa en cada momento? Porque no puedo esperar a un

mañana que puede no llegar si los de ahí afuera des-
vían uno de sus disparos. Cada día que vivo es el últi-
mo y cada mañana que me despierto es la primera y
única.

CÁNDIDO. Creo que ya la entiendo.

LUISA. ¡Bravo! Veo que comprendes rápidamente. Supongo que podrás entender que soy una mujer que tiene miedo, miedo de perderme demasiadas cosas, y por eso necesito salvar todo aquello que pueda ayudarme.

CÁNDIDO. No sé lo que puedo hacer yo.

LUISA. No te estoy pidiendo que hagas. Por ahora me conformo con saber lo que piensas.

CÁNDIDO. A mí no me gustan las guerras. No es agradable ver morir a gente inocente.

LUISA. ¿Y has hecho algo por evitarlo?

CÁNDIDO. ¿Qué podría hacer yo?

LUISA. Tomar partido.

CÁNDIDO. ¿Por quién?

LUISA. (Alterada.) ¡Cómo que por quién! ¿Acaso lo dudas?

CÁNDIDO. No sé por qué están luchando.

LUISA. Así que no lo sabes. Viajas con tu sabio maestro, supongo que para aprender, y no sabes dónde estás. (Se acerca a Cándido y le mira a los ojos.) ¿Tú qué prefieres: la luz o la oscuridad? ¿Te gusta que tus ojos te muestren si el camino está diáfano o prefieres no saber que un abismo te espera tras el siguiente paso? ¿Deseas ver el horizonte o, por el contrario, quieres que se convierta en un oscuro muro de piedra?

CÁNDIDO. (Abrumado.) No sé qué contestar, aunque me gusta más el día que la noche.

LUISA. ¡Vaya! Al menos es algo... Sabes, casi lamento que no seas un soldado del bando nacional.

CÁNDIDO. ¿Desea que ganen ellos la guerra?

LUISA. Por nada del mundo, deseo con toda mi alma que continúe la república.

CÁNDIDO. Entonces no entiendo por qué ha di-

cho eso.

LUISA. No es fácil de explicar a quien no se esfuerza por observar... En estos tiempos de brutal destrucción es muy difícil ganarse la vida para una mujer, y más si pertenece al bando que parece destinado a perder... Yo soy costurera y no se me da mal hacer vestidos, pero nadie tiene dinero para hacerse ropa. Así que no me queda más remedio que prostituirme con aquellos que estén dispuestos a pagar.

CÁNDIDO. No entiendo qué tiene eso que ver con que yo fuera soldado nacional.

LUISA. Mis únicos clientes en los últimos tiempos son los militares, y solo los del bando nacional tienen dinero, pero la gran mayoría son hombres horrorosos y me da asco meterme en la cama con esos desgraciados, por eso decía que me hubiera agradado que tú fueras uno de ellos y tuvieras dinero. Hubiera sido agradable yacer con un joven apuesto, ingenuo y que no me arranque la piel cuando acaricie. A todos nos gusta hacer nuestro trabajo en las mejores condiciones posibles.

CÁNDIDO. (Ruborizado.) Me temo que no cum-

pló ninguno de los requisitos que ha dicho.

LUISA. Es una pena. (Llena un vaso de vino.) Al menos nos queda el vino para retrasar la agonía, suponiendo que quieras compartirlo conmigo.

CÁNDIDO. Me gustaría.

LUISA. (Tras llenar otro vaso.) Brindemos por esa maravillosa ingenuidad que nos hace ignorar el dolor.

CÁNDIDO. Y porque la guerra acabe pronto. (Brindan y beben.)

Entra Carmela.

CARMELA. Los ronquidos de ese viejo cascarrias me impiden dormir. Suenan más fuertes que los cañonazos... Vaya, ya veo que os conocéis. (A Luisa.) ¿Se fue el cabo Padilla?

LUISA. Hace un rato.

CARMELA. ¿Te ha pagado?

LUISA. Sí. He dejado su parte en el cajón.

CARMELA. ¿No ha venido ninguno más?

LUISA. No, deben estar todos en estado de alerta ante la inminencia del ataque final. El cabo me ha dicho que en pocas semanas habrán ganado la guerra.

CARMELA. Así revienten.

LUISA. Hasta me ha prometido llevarme con él a su pueblo cuando todo acabe. Dice que él me convertirá en una mujer decente.

CARMELA. ¿Qué le has contestado?

LUISA. Que prefiero ser una puta libre antes que la jodida mujer de un criminal decente.

CARMELA. Buena respuesta.

LUISA. Luego ha tratado de golpearme, pero estaba borracho y he sabido esquivar todos sus golpes.

CARMELA. (A Cándido.) Todos los hombres son muy dados a prometer aquello de lo que carecen cuando se encoñan, pero enseguida olvidan lo prometido y suelen volverse muy agresivos si se les recuerda que un día tuvieron ilusión por una mujer.

LUISA. Juro que me han dado ganas de coger las tijeras y rajarle la barriga de arriba abajo. Algún día

me las pagarán esos cabrones.

CÁNDIDO. No entiendo cómo se puede prostituir con los militares del bando nacional si los detesta.

LUISA. Me parece que tú no te has enterado de nada de lo que te he explicado antes.

CARMELA. Lo hace por idealismo, en el fondo es una romántica, una puta romántica.

LUISA. (Molesta.) No me parece necesario que lo explique con tanto detalle.

CARMELA. Perdona hija si te he molestado, pero no soy yo la que se ha inventado esas palabras. Muchas veces te he escuchado decir que eres una miserable puta romántica, incluso alguna expresión más fuerte.

LUISA. Sí, yo soy la primera que lo he dicho, pero hay que saber en qué momento y en qué tono se dice.

CARMELA. No será porque está este joven imberbe aquí. ¿No me dirás que te importa lo que piense este chico?

LUISA. Puede que yo sea una prostituta, pero ten-

go mis principios y nunca me los salto.

CARMELA. Está bien, no es necesario que te ofendas. Quedamos muy pocos y es conveniente que nos llevemos bien en vistas de todo el dolor que nos espera.

CÁNDIDO. No me gustaría que ustedes tuvieran una pelea por mi culpa.

CARMELA. No te preocupes, jovencito, no es necesario que estés tú para que nos peleemos. En los últimos tiempos es muy normal.

LUISA. Todos estamos angustiados.

CARMELA. Demasiado.

LUISA. (A Cándido.) Quiero que sepas que siempre que me acuesto con un soldado nacional lo hago pensando en la república. El dinero que gano lo gasto en comida y la llevo al frente para dársela a los milicianos. Esa es mi misión en esta guerra.

CARMELA. La pobre aún confía en el milagro.

LUISA. No confío, pero trato de aportar mi parte para que llegue lo imposible.

CÁNDIDO. ¿Nunca se ha acostado con soldados republicanos?

LUISA. Sí que lo he hecho, pero a ellos no podría cobrarles.

CARMELA. Nunca ha tenido sentido para los negocios, aunque no puedo reprochárselo porque a mí me pasa lo mismo. Los negocios que no sirven para la vida valen para muy poco.

LUISA. (A Cándido.) ¿Adónde te diriges?

CÁNDIDO. No lo sé.

LUISA. Sabrás al menos de dónde vienes.

CÁNDIDO. De un lugar remoto que apenas si recuerdo.

CARMELA. Acompaña a un viejo cascarrabias muy sabio en un extraño viaje que no tiene sentido. No saben de dónde vienen ni adónde van. Han pasado todo tipo de penurias y aseguran que todo está bien como está y que nada se puede cambiar. Jamás supe de un viaje tan inútil ni de tal obstinación por justificar el fracaso.

LUISA. Yo no he viajado. Jamás he salido de este pueblo y me gustaría conocer otros sitios que fueran diferentes a lo que conozco. ¿Existen esos lugares maravillosos de los que tanto hablan?

CÁNDIDO. Es cierto que hay lugares muy hermosos que sorprenden a quien los observa.

LUISA. ¿Cómo son?

CÁNDIDO. Creo que no sabría describir con detalle todos los lugares que he visto.

CARMELA. Entonces, ¿para qué te ha servido tanto viaje?

CÁNDIDO. No lo sé. Es cierto que he visto lugares fastuosos rodeados de riquezas, pero creo que no he encontrado uno solo que pueda considerar mío. Tengo la sensación de que no me he pasado el tiempo viajando, sino huyendo. Es muy triste sentirse sin identidad, mirar sin observar. Es cierto que he aprendido muchas cosas al lado del maestro, y puede que todas ellas sean ciertas, pero siento que mi ignorancia aumenta con el conocimiento.

LUISA. ¿Has visto alguna vez el mar?

CÁNDIDO. Sí, incluso he navegado durante varias semanas para llegar hasta América.

LUISA. ¿Es tan hermoso como dicen?

CÁNDIDO. Es hermoso y terrible. Generoso y cruel. Se puede parecer a la más apacible de las criaturas y convertirse en el más peligroso de los criminales. El mar es mucho más fuerte que el hombre y no tiene culpa de sus debilidades.

LUISA. Cuánto daría por salir de aquí y ver todo lo que has visto. Creo que yo sí hubiera sabido apreciarlo.

CARMELA. Yo también vi el mar una vez, era joven y fui con mi primer marido, el único al que quise, el otro lo tuve por necesidad. Una mujer no podía estar sola. El pobre era una mala bestia que despreciaba a mi hijo, y confieso que no sentí mucho dolor cuando se lo llevaron una noche para fusilarlo... Lo de mi hijo fue peor, ese es un dolor que nada lo cura. Con el paso del tiempo se vuelve más sordo, pero siempre está rondando amenazador y sacude un latigazo cuando menos se espera.

CÁNDIDO. Lo lamento.

CARMELA. Daría toda mi vida porque él hubiera tenido una vida digna, pero ni Dios ni los hombres lo permitieron, suponiendo que el primero exista, en lo que cada vez creo menos.

LUISA. Yo le pido a Dios todos los días que se acabe esta locura, pero me temo que el dios que conocemos va con el otro bando, al menos eso dijo el cura en su sermón del otro día.

CARMELA. Esos nunca pierden el tiempo para apuntarse al carro triunfador.

CÁNDIDO. Me parece que todo el que tiene poder se considera con el amparo divino.

CARMELA. Me sorprende que un joven como tú, que parece tan inteligente, haya decidido acompañar en un viaje sin sentido a ese viejo lunático que jamás ha apreciado la luna.

CÁNDIDO. Pangloss piensa que las cosas son como son y no pueden ser cambiadas por los hombres, aunque todos tenemos una importante función que cumplir.

LUISA. ¿Cuál es la vuestra?

CÁNDIDO. A él le ha tocado ir de un lado para otro en busca de sabiduría, y a mí me corresponde ser su discípulo para continuar su obra. Pangloss es un gran sabio, puede que sea el hombre más sabio del mundo.

CARMELA. (Irónica.) Sí, y yo la mujer más hermosa.

LUISA. Y yo la más pura.

Las dos mujeres se ríen.

CÁNDIDO. No tienen derecho a burlarse de él.

CARMELA. Puede que no, pero ya estoy cansada de conocer a los hombres más inteligentes del mundo, a los más fuertes, a los más apuestos, a los que poseen las mayores riquezas, a los más valerosos. Casi todos los hombres se consideran los mejores del mundo en algo. Se creen prodigiosos, pero muy raramente lo demuestran.

LUISA. Por no decir nunca.

CÁNDIDO. Puede que tengan razón.

CARMELA. No lo dudes.

LUISA. ¿Queda café?

CARMELA. Algo queda del que preparé esta tarde.

LUISA. Voy a por él. ¿Alguien más quiere?

CÁNDIDO. Tomaré un poco.

CARMELA. Yo no.

Luisa sale.

CARMELA. En realidad no es café, pero nos hace ilusión llamarlo así. Una guerra se empieza a perder cuando se asumen las carencias y, al menos en eso, nunca nos derrotarán.

Regresa Luisa con un puchero y dos tazas.

LUISA. Hace tiempo que no queda azúcar.

CÁNDIDO. No importa, lo tomo sin azúcar.

Luisa llena las tazas.

CARMELA. Voy a retirarme, aunque hace tiempo que perdí el sueño y los disparos de ahí fueran me recuerdan continuamente que no queda tiempo para

dormir.

CÁNDIDO. ¿Por qué no se queda un rato más?

CARMELA. Porque necesito cerrar los ojos aunque no duerma. Con un poco de práctica los sueños también aparecen, y en estos mi hijo está vivo, la guerra no existe y yo no soy una vieja reumática. Además, sin mí podréis hablar de cosas más interesantes, incluso el silencio puede ser muy hermoso cuando las miradas hablan.

Carmela se levanta y sale despacio ante la mirada atenta de Luisa y Cándido.

CÁNDIDO. Parece una gran mujer.

LUISA. Lo es. En algunos momentos puede parecer muy brusca, pero tiene un corazón enorme. Siempre me ha ayudado cuando algo me va mal. En ocasiones me trata como la hija que no ha podido tener.

CÁNDIDO. ¿Qué vas a hacer cuando acabe la guerra?

LUISA. Es una meta tan lejana que procuro no plateármela. En primer lugar tendría que llegar viva y

en segundo evitar la cárcel. Parece casi seguro que la vamos a perder, y entonces tendría que buscarme la vida para escapar de un sitio carente de libertad. Yo sé hacer muy pocas cosas y no sé si sabría defenderme lejos de mi tierra.

CÁNDIDO. Yo creo que la vida lejos no va a ser más difícil que lo que has conocido. El mundo es muy grande y se puede encontrar un sitio para todos los que desean vivir en paz.

LUISA. A mí me parece que hay demasiada gente empeñada en fastidiarnos los sueños. Pero no creo que sea el momento de ponernos tristes por las desgracias que pueden esperarnos. Quiero que me sigas contando cosas de las que hayas visto por el mundo.

CÁNDIDO. ¿Sobre qué?

LUISA. ¿Es cierto que hay muchas mujeres hermosas que llevan vestidos que nunca podríamos pagarnos, y que se pasan todo el día arregladas y con la cara pintada?

CÁNDIDO. Sí, he visto a alguna de esas mujeres, pero nunca me han interesado demasiado.

LUISA. Debes haber conocido a muchas chicas bonitas.

CÁNDIDO. He visto mujeres bonitas, pero sólo he conocido a una muy especial.

LUISA. ¿La amabas?

CÁNDIDO. Creo que sí.

LUISA. ¿Por qué lo dudas?

CÁNDIDO. Porque nunca la tuve a mi alcance, ni siquiera pude llegar a acariciarla.

LUISA. Supongo que te habrás acostado con otras mujeres.

Cándido, ruborizado, no se atreve a contestar.

LUISA. ¿No me digas que no te has acostado con ninguna mujer?

CÁNDIDO. No.

LUISA. No te preocupes, no tienes nada de lo que avergonzarte. Los curas tampoco lo hacen.

CÁNDIDO. Pero ellos hacen un voto de castidad

porque su religión lo prohíbe. Mi única prohibición proviene del miedo que tengo de acercarme a las mujeres.

LUISA. Es una lástima que se asusten aquellos que más nos pueden interesar, mientras los que repudiamos están continuamente acosándonos... Yo me he acostado con muchos hombres. Ya hace tiempo que perdí la cuenta, y te puedo asegurar que no he amado a uno solo de ellos, es más, nunca he sentido placer con ninguno de los que han pagado por mis servicios.

CÁNDIDO. ¿Nunca has estado enamorada?

LUISA. Sí, una vez, lo estuve de Joaquín. Era un muchacho del pueblo que nada más comenzar la guerra se fue voluntario a la milicia. No he vuelto a saber nada de él. No sé si está vivo o muerto, en cualquier caso es casi imposible que lo vuelva a ver.

CÁNDIDO. ¿Te acostaste alguna vez con él?

LUISA. No, y lo he lamentado muchas veces. Supongo que tenía esperanza en esa relación y quería que con él fuera todo maravilloso. La guerra lo impidió. No sé por qué el odio siempre termina ganando,

mientras la ilusión es la primera víctima de la guerra. Después se pierde todo lo demás.

CÁNDIDO. (Después de beber un poco de café.) Se me hace muy difícil hablar en estos momentos. No sé sobre qué tema hacerlo, parece como si las palabras cobraran mucha más importancia y tuviera miedo de decirlas.

LUISA. ¿Temes que se pueda romper algo?

CÁNDIDO. Sí.

LUISA. Puede que no sea necesario hablar mucho. Yo no soy una de esas chicas bonitas que has visto por el mundo. Tampoco tengo el conocimiento de tu maestro ni sé todo lo que tú has aprendido, pero creo que todas las personas podemos ayudarnos en algo; y, sobre todo, tenemos que tomar decisiones propias, no podemos limitarnos a seguir lo que otros nos indiquen. Hay que pringarse, Cándido, para luego poder limpiarse a gusto. El que se limpia antes de mancharse nunca podrá sentir lo hermoso que puede llegar a ser revolcarse en el fango.

CÁNDIDO. No sabes cuánto lo he deseado. Siem-

pre he querido gozar de esa sensación, pero cuanto más pasaba el tiempo más aumentaba el temor. Sentía como una armadura que me impedía moverme. No sé si lo entiendes.

LUISA. Lo comprendo perfectamente.

CÁNDIDO. Entonces...

LUISA. (Cortándole.) Ha llegado el momento de olvidarse del miedo antiguo. Desde este instante tu vida anterior no ha existido, no tienes nada que justificar. Todo es nuevo y puede ser muy hermoso, sólo tienes que quererlo y desear que algo ocurra. Ni siquiera tienes que utilizar esas palabras que te pueden atragantar. Tu mirada puede decir todo aquello que no se parece a lo que te han enseñado. Mírame, Cándido.

Luisa se acerca a Cándido y le mira fijamente a los ojos.

LUISA. ¿Quieres seguirme adonde te lleve?

CÁNDIDO. Sí.

Luisa coge de la mano a Cándido y salen.

Oscuro.

CUARTA ESCENA

Se oyen los gritos de Pangloss mientras el escenario sigue a oscuras.

PANGLOSS. ¡Cándido! ¿Dónde estás, Cándido? Ven inmediatamente, te necesito.

Entra Pangloss mientras se ilumina lentamente. Se mueve torpemente por la habitación. Choca contra las sillas y la mesa.

PANGLOSS. ¡Cándido! Ven a ayudarme, estoy perdido... ¿Dónde estoy? ¡Cándido, no me dejes solo! (Consigue sentarse en una silla y apoyando los brazos contra la mesa comienza a llorar.) Por favor, que alguien me ayude, tengo miedo.

Entra Carmela alterada.

CARMELA. ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué tantos gritos? ¿Es que no voy a poder dormir ni un minuto esta noche?

PANGLOSS. ¿Quién es usted?

CARMELA. ¡Cómo que quién soy! Soy la dueña de esta taberna. La que le ha dado cobijo y comida, la

que quiere descansar unas horas antes de que se aviven los bombardeos por la mañana, pero está visto que no se puede estar tranquila ni en casa.

PANGLOSS. ¿Dónde está Cándido?

CARMELA. ¡Yo que sé! Supongo que estará durmiendo.

PANGLOSS. Vaya a llamarlo, tenemos que partir inmediatamente.

CARMELA. ¿Ahora?

PANGLOSS. Sí, no tenemos tiempo que perder.

CARMELA. No sé si se habrá dado cuenta de que son las cuatro de la mañana.

PANGLOSS. ¿Y qué?

CARMELA. Supongo que a un ciego le dará igual partir a cualquier hora porque siempre está oscuro, pero ese muchacho estaba cansado y es justo que descanse esta noche. Dentro de unas horas tendrán tiempo para huir todo lo rápidamente que puedan.

PANGLOSS. Hemos de irnos ahora.

CARMELA. ¿Por qué ahora? Por la mañana será más fácil. En la noche serán dos ciegos perdidos y podrán caer en cualquier trampa.

PANGLOSS. Por favor, tiene que llamarlo.

CARMELA. Me niego hasta que no me dé una razón coherente que lo justifique.

PANGLOSS. He tenido un sueño.

CARMELA. Supongo que, tratándose de usted, habrá sido el mejor de los sueños posibles.

PANGLOSS. Ha sido una terrible pesadilla.

CARMELA. Es una lástima que no se pueda hacer nada. En el mejor de los mundos posibles las pesadillas siempre son óptimas y se confabulan para que disfrutemos de una mayor felicidad.

PANGLOSS. No es el momento para venganzas de mal gusto, tiene que avisar a Cándido. El peligro es inminente.

CARMELA. Las tragedias de los sueños no son nada comparadas con lo que nos rodea. Lo que hay fuera sí es terrible y las muertes nos son fantasías. No

creo que exista un peligro mayor que el vivido, salvo que llegue el ejército nacional y nos fusilen a todos, y aún en ese caso no creo que sea la peor tragedia de las posibles.

PANGLOSS. Necesito que me ayuden. No puedo valerme por mí mismo.

CARMELA. Eso es otra cosa. Al fin reconoce que es humano y tan débil como el resto de los ignorantes. Si lo necesita, tal vez yo pueda ofrecerle ayuda.

PANGLOSS. Quiero que sea Cándido.

CARMELA. (Muy seria.) En este momento Cándido no puede hacer nada más que yo. Es justo que ese chico no viva como un esclavo por culpa de la ceguera ajena.

Pangloss se revuelve inquieto en la silla.

CARMELA. Si me cuenta la pesadilla, es posible que pueda ayudarlo. Yo tengo un inmenso repertorio de pesadillas, incluso algunas se han convertido en divertidas de los familiares que son.

PANGLOSS. Le ruego que no se lo tome a broma.

CARMELA. Le aseguro que es lo que menos pienso en estos momentos, pero me molestan aquellos que encuentran respuesta a los males ajenos y les restan importancia, y el menor sarpullido que sufren lo convierten en una tragedia de la humanidad. Puede que usted sea realmente sabio porque la valentía tampoco es una virtud que acompañe a los que presumen de grandes conocimientos.

PANGLOSS. No creo que deba contarle mis pesadillas a una desconocida que me desprecia.

CARMELA. Pues no me la cuente. Le aseguro que mi vida no será más terrible por su desconfianza, pero me molestan las conversaciones que no llegan a ningún sitio... Así que cortemos la charla y vayámonos a la cama, a ver si es posible descansar esta noche.

PANGLOSS. Espere un momento.

CARMELA. ¿Ha cambiado de opinión?

PANGLOSS. No he dicho eso.

CARMELA. Aclaremos las cosas de una vez. Ahora mismo tiene tres opciones. La primera pasa por

irse a dormir y esperar a que llegue el día. Quizás entonces su pesadilla no sea tan terrible.

PANGLOSS. Eso no me vale.

CARMELA. Pasemos entonces a la segunda opción.

PANGLOSS. ¿Cuál es?

CARMELA. Puede quedarse y contarme esa pesadilla que le aterra. A veces, los males compartidos pierden importancia, y a mí se me da bien escuchar cuando no pretenden impresionarme.

PANGLOSS. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

CARMELA. Coger el bastón y su escaso equipaje, abrir la puerta de la calle y caminar en busca del mejor de los milagros posibles, pues sólo con uno muy grande podría sobrevivir, y le aseguro que la ceguera no será el mayor problema que encuentre para salvar las trincheras.

PANGLOSS. Tengo mucho miedo.

CARMELA. Todos tenemos miedo, pero no se le puede vencer si lo escondemos e insistimos en negar

su existencia. Quien no haya conocido el miedo, nunca podrá ser valiente... Vamos, empiece a contarme ese sueño que le aterriza, no podemos pasarnos toda la noche con esos juegos de palabras vacíos que hacen los jóvenes cuando no se atreven a cogerse de la mano e irse a la cama.

PANGLOSS. No pretenderá decir con eso que usted y yo.

CARMELA. No se preocupe. Hace tiempo que no aspiro a seducir filósofos, aunque pienso que si conocieran mejor los secretos de la carne no le darían tantas vueltas a los problemas de la mente.

PANGLOSS. No creo que sea el momento para trivializar sobre ciertos temas.

CARMELA. Le aseguro que a las cuatro de la mañana, sin haber dormido y con el ruido de los cañones de fondo, lo que menos me apetece es trivializar. Voy a traer una botella de coñac que tengo guardada para las noches de insomnio. Luego quiero que empiece a hablar de una vez y nada de andarse con rodeos. (Sale Carmela.)

Pangloss trata de levantarse y tropieza, se cae al suelo. Cuando regresa, Carmela lo encuentra tratando de levantarse torpemente.

CARMELA. (Con la botella en la mano.) Veo que no es un experto en fugas. Sería un buen entretenimiento para esos de ahí fuera. (Deja la botella y le ayuda a sentarse.) Vamos, dele un buen trago al coñac y se animará. (Le ofrece la botella y Pangloss bebe.)

PANGLOSS. Había un gran incendio, estaba rodeado de fuego por todas partes. Trataba de huir, pero no encontraba una salida.

CARMELA. ¿En sus sueños también está ciego?

PANGLOSS. No, en ellos siempre puedo ver claramente todo lo que me rodea. Aunque me dejaron ciego, no pudieron matar mi imaginación.

CARMELA. ¿Qué pasa con el fuego?

PANGLOSS. Corro para ponerme a salvo, pero cada vez es más grande y me tapa todas las salidas. Al final me encuentro al borde de un abismo del que no se puede ver el fondo, mientras que detrás de mí

hay un gran muro de fuego que todo lo ha arrasado.

CARMELA. ¿Qué hace?

PANGLOSS. No sé cuál decisión he tomado. El terror me ha despertado antes de que el sueño acabara.

CARMELA. Y eso es todo lo que le aterra. Yo pensaba que las pesadillas de los sabios eran trascendentes para el resto del mundo.

PANGLOSS. ¿No se da cuenta de lo que significa?

CARMELA. No.

PANGLOSS. Se trata del fin, no hay salida, o el fuego destructor o la caída a los infiernos nos aniquilarán.

CARMELA. Para llegar a esa conclusión no hace falta tener sueños importantes, basta con abrir la puerta y observar lo que nos rodea. Aunque me hubiera gustado saber que opción habría elegido, si la de morir abrasado o la de lanzarse al abismo.

PANGLOSS. La hoguera, por supuesto. El fuego es purificador.

CARMELA. Me lo temía, veo que es cobarde hasta para morir.

PANGLOSS. ¿Por qué lo dice?

CARMELA. Solo a los cobardes les gusta que los purifiquen, los valientes prefieren lanzarse al abismo y luchar mientras haya una mínima esperanza de salvación. Aunque supongo que usted se purificaría en el mejor de los fuegos posibles.

Se oye una detonación más fuerte.

PANGLOSS. ¿Qué ha sido eso?

CARMELA. Los purificadores que usted espera parece que se han despertado y están muy cerca. En este caso parece que solo nos queda la opción del fuego.

PANGLOSS. (Después de beber otro trago.) Me siento muy cansado, terriblemente cansado.

CARMELA. Haría bien en acostarse y dormir unas horas.

PANGLOSS. Este cansancio no se quita durmiendo, es el agotamiento de toda una vida de búsqueda.

El fin ya está muy cerca.

CARMELA. No entiendo por qué está haciendo este interminable viaje con Cándido.

PANGLOSS. Antes de que partiéramos, ya me pasé mucho tiempo buscando respuestas.

CARMELA. ¿Por qué con un joven como él?

PANGLOSS. Por necesidad, yo nada tenía y él lo perdió todo con el gran terremoto. Yo necesitaba partir para comprobar que el hombre no podía hacer nada contra su destino, que el hecho de vivir es la única opción que tenemos y que todo cambio sufrido ya estaba dispuesto previamente.

CARMELA. Y desde entonces siempre han seguido un camino lleno de desgracias.

PANGLOSS. Según se mire. Yo creo que comprobar que se lleva razón no es igual que sufrir.

CARMELA. Nunca podré entender sus palabras ni lo deseo. No me importa estar equivocada, pero creo que la vida puede y debe ser de otra manera. No podemos pasarnos todo el tiempo aterrados por el mie-

do de que llegue un desastre peor que lo vivido. Él hecho de que alguien nos diga que todo va bien no debe servirnos de consuelo. Cada individuo debe tomar riesgos para mejorar su vida.

PANGLOSS. Y lo perderá todo.

CARMELA. Y eso qué importa.

Entra Cándido y los mira sorprendido.

CÁNDIDO. ¿Qué hacen levantados a estas horas?

CARMELA. No podíamos dormir. En realidad era él quien no dormía y no me ha dejado descansar, pero ya no importa demasiado. Creo que en la cama tampoco hubiera estado mejor. ¿Y tú por qué no duermes?

PANGLOSS. ¡Cándido!

CÁNDIDO. (Sin prestarle atención.) Tampoco he podido, no tenía sueño y mil ideas viajaban por mi cabeza a gran velocidad. Nunca me he sentido igual.

CARMELA. ¿Es agradable?

CÁNDIDO. Es maravilloso.

PANGLOSS. Tengo que hablarte, Cándido.

CARMELA. Esa es la inquietud de los novatos. Siempre pasa la primera vez que se disfruta del amor. Es una lástima que se vaya perdiendo con el paso del tiempo. ¿Y Luisa?

CÁNDIDO. Ella está dormida como un tronco.

CARMELA. Es una bendición que un hombre te pueda dejar dormida después de haberte amado.

PANGLOSS. (Levantando la voz.) Tenemos que marcharnos.

CARMELA. No se precipite que aún queda lo más importante.

PANGLOSS. No sé qué puede entender usted por importante.

CARMELA. Los sentimientos, al final no queda lo que uno piensa, sino lo que se siente, y me parece que el joven Cándido ha sentido algo nuevo, algo que la ciencia y la filosofía desconocen.

PANGLOSS. ¿Qué te ha pasado Cándido?

CÁNDIDO. Creo que me he enamorado.

CARMELA. No, no te has enamorado. Nadie lo hace por un breve revolcón. Has sentido que estás vivo y que merece la pena sacarle partido a cada minuto de la vida. El amor es otra cosa muy diferente, aunque puede que hayas dado un paso importante para acercarte a él.

CÁNDIDO. He sentido algo que no sé describir con palabras.

CARMELA. Enhorabuena, acabas de descubrir lo limitada que está la filosofía cuando se trata de sentimientos.

PANGLOSS. Recoge tus cosas, Cándido, que partimos inmediatamente.

CÁNDIDO. Pero yo...

PANGLOSS. ¿Qué pasa? ¿Acaso dudas?

CARMELA. No duda, señor de la ceguera, pero me parece a mí que acaba de descubrir que la caída al abismo es infinitamente más hermosa que el mejor de

los fuegos posibles. Mientras uno cae existe la esperanza de que no nos esté esperando el infierno. En ese viaje los sueños son posibles, y quien sueña siente, quien siente puede amar, y quien ama puede ganar cualquier guerra.

PANGLOSS. No hagas caso de sus enrevesadas palabras. Esta mujer quiere embaucarte.

CARMELA. Usted es el que lo ha engañado con sus absurdas teorías. Mira, Cándido, a mí me da igual que te vayas o te quedes, poco voy a ganar yo en esta historia, pero me gustaría que fuera una decisión tuya, sin amenazas. Si decides continuar el viaje con tu maestro, has de hacerlo porque deseas seguir a su lado, no ha de basarse la elección en su supuesta debilidad. Tú no eres el culpable de su ceguera ni tienes por qué soportar sus consecuencias. Por una vez deja que tus decisiones partan del corazón. Antes o después deberás emprender un viaje que no se puede realizar acompañado. En ese viaje no es necesario cruzar el mar ni llegar hasta lugares remotos. Los paisajes que se contemplan son más áridos pues son los que existen en nuestra conciencia.

PANGLOSS. Hemos recorrido un largo camino juntos, Cándido. Te he enseñado todo lo que sé, no irás a dejarme abandonado en este lugar.

Cándido se mueve inquieto sin atreverse a responder.

CARMELA. Todo camino tiene su meta, todo aprendizaje tiene su final. Nada en esta vida es definitivo y la vejez debe dejar paso a la juventud cuando se puede convertir en un lastre demasiado pesado. Un maestro de verdad debe retirarse cuando el alumno ha llegado a su altura y debe permitirle seguir volando libre, pero un mutilado se aferra a su desgracia para esclavizar a los que desean ayudarlo. Cándido, es el momento de tomar una decisión. No se trata de elegir entre seguir con el maestro o quedarte con Luisa, no es eso, se trata de iniciar tu propio camino.

CÁNDIDO. Luisa me gusta.

LUISA. (Entrando.) Pero no me amas y jamás permitiría que así lo creyeras. Lo de esta noche ha sido necesario para ti y muy hermoso para mí, pero no debes idealizarse en tu recuerdo.

CÁNDIDO. Me siento perdido. No sé qué puedo hacer.

LUISA. Yo creo que sí lo sabes, pero tienes miedo de tomar la decisión porque crees que puedes hacer daño a alguien. Es posible que nunca hayas seguido un camino por ti mismo, pero cuando se trata de tomar las decisiones que te convierten en hombre o mujer, uno ha de ser egoísta para no tener que pedir cuentas a nadie de nuestros errores ni rendir pleitesía por los aciertos.

PANGLOSS. Eres muy débil para andar solo. Tú nada podrás hacer contra un destino que ya está marcado.

CARMELA. Me temo que este mundo no es el mejor de los posibles y tampoco es la causa de nuestras desgracias. Simplemente es lo que queremos que sea, no con nuestras palabras, sino con las decisiones que tomamos. Puede que una persona no pueda cambiar el sentido de toda esta locura, pero puede cambiar su propia vida y eso influye en muchos más. No podemos quedarnos sin tomar partido, diciendo que esta no es nuestra guerra. Todas las guerras nacen

por el fracaso de los hombres y solo ellos pueden evitarlas.

CÁNDIDO. Me voy maestro.

PANGLOSS. ¿Dónde vas?

CÁNDIDO. Al frente.

PANGLOSS. ¿Vas a hacer caso de lo que te digan una vieja y una prostituta?

CÁNDIDO. No maestro, sólo he escuchado a dos mujeres que me han hablado con una sinceridad que no puede dar la certeza que usted pregona. Ya no creo que todo sea inamovible. No puedo evitar que todavía me queden esperanzas, y si no marchó ahora siempre me arrepentiré por la falta de coraje.

PANGLOSS. ¿Qué va a ser de mí?

CARMELA. Ahora se ha descubierto, nunca le ha importado el muchacho ni lo que sintiera. Es un maldito egoísta que lo ha utilizado a su antojo.

LUISA. Déjelo, bastante carga lleva encima. (Se vuelve hacia Cándido.) No tienes cuentas pendientes con nadie, no debes favores, puedes partir libremente

cuando quieras y piensa que los que nos quedamos aislados hemos puesto la esperanza en ti y en gente como tú que no viajan cargados de odios y antiguos rencores. Necesitamos gente que nos haga avanzar desde el amor.

CÁNDIDO. No puedo prometer grandes conquistas.

LUISA. No hacen falta las promesas. Has de seguir tu camino y no mirar atrás.

CARMELA. Y no te entretengas en despedidas, que los de ahí fuera no querrán darte un abrazo si te descubren.

PANGLOSS. ¿Por qué, Cándido, por qué?

CÁNDIDO. Usted ha de saberlo mejor que yo.

CARMELA. Porque el mejor de los Cándidos posibles no necesita de un viejo cascarrabias a su lado.

Cándido se acerca a Luisa.

LUISA. Vete antes de que lamente no partir contigo.

CÁNDIDO. Aún estás a tiempo.

LUISA. Los dos sabemos muy bien que este viaje lo has de realizar solo.

Cándido se marcha.

PANGLOSS. ¿Qué va a ser ahora de mí? ¿Dónde voy a ir solo?

CARMELA. Tranquilo viejo, usted buscaba el último paraíso para descansar, y a él ha llegado. Es una lástima que los paraísos no siempre sean como los hemos imaginado. Vamos, deme la mano que le acompañaré a la habitación para que pueda descansar o seguir contándome sus pesadillas si lo prefiere.

Pangloss se apoya en Carmela y salen.

LUISA. Para que algunos puedan llegar hasta el paraíso muchos han de quedar en el camino, pero es hermoso conocer a alguien que puede llegar a conquistarlo sin necesidad de utilizar la fuerza.

Luisa sale y la luz se apaga.